

Washington, D.C.
1 de mayo de 1980

Querida doña Inés:

En estos momentos que entiendo que son difíciles, tanto para usted como para todo el que conocio' a Muñoz, le quisiera asegurar que no está sola. Nuestras oraciones diarias estoy seguro que son oídas por el Señor.

Se aseguro que, aunque muy lejos, he sentido una gran pena desde que me llamaron de Puerto Rico para darme la mala noticia. Al principio era como algo irreal. Sentí como si un pedazo de la isla que tanto quiero, se hubiese

Reproduction réservée - Printed in France

caído al mar. El vacío que sentí fue horrible.

sin embargo, luego de unas horas entendí varias cosas. Primero, que aunque nos sintamos tristes por la muerte de Muñoz, esta vida fue sólo una fracción de lo que le queda en completo regocijo en la vida eterna. En adición a esto comprendí algo muy importante. Comprendí que Muñoz no se habría ido; que Muñoz se quedaba, porque Muñoz es Puerto Rico.

Una vez le ofrezco mis oraciones y un abrazo sincero.

Luis B. Fortuño